

UN ANALISIS DEL PROGRESO (1)

La relación entre las civilizaciones crecientes y los individuos

por

ARNOLD J. TOINBEE

El argumento del capítulo anterior nos ha llevado a la conclusión de que el concepto del progreso se encuentra en avance hacia la **autodeterminación**. Si esta conclusión es correcta, nos ofrece una clave para analizar el proceso de los desarrollos de las civilizaciones, que es el problema que nos queda por estudiar.

Si es la autodeterminación el criterio de la civilización y si autodeterminación significa autoarticulación, nosotros estaremos analizando el proceso por el cual las civilizaciones en formación crecen realmente, si investigamos la forma en la que ellas se articulan progresivamente. En términos generales, es evidente que una sociedad en proceso de civilización se articula a sí misma, a través de los individuos humanos que pertenecen a la sociedad, o a los que la sociedad pertenece. Podemos expresar la relación entre sociedad e individuo indiferentemente por cualquiera de estas dos formas recíprocamente inversas: y esta ambigüedad parece mostrar que cualquiera fórmula es inadecuada y que, antes de iniciar nuestra nueva investigación, tendremos que considerar cuál es la relación en que se encuentran las sociedades y los individuos.

Esta es, por cierto, una de las preguntas fundamentales de la Sociología y hay dos respuestas fundamentales también. Una respuesta es que el ser humano es una realidad que es capaz de existir y de ser, y de ser aprehendido por sí mismo, mientras que la sociedad no es sino una suma de individuos atómicos y autónomos que hacen existir las sociedades reuniéndose y las disuelven separándose.

La otra respuesta es lo contrario. La realidad es la sociedad y no el individuo. La sociedad es un todo perfecto e inteligible, mientras que el individuo es simplemente una parte de este todo, quien no puede existir ni concebirse como existente en ninguna otra capacidad o cualquiera forma de existencia.

Ninguna de estas dos respuestas soportan un examen; podremos encontrar incidentalmente lo que es la respuesta verdadera a nuestra pregunta si nos lo proponemos.

El cuadro clásico de un individuo atómico imaginario es la celebrada descripción del Cíclope Polifemo y sus semejantes, citada por Platón en sus "Leyes". Puede apreciarse que los seres que viven en esta forma son imaginarios y míticos gigantes, y no **hombres**, pues el hombre es esencialmente

(1) Arnold J. Toynbee: "A STUDY OF HISTORY".—T. III.

un animal social, en el sentido de que no podría evolucionar fuera de una sociedad.

El individualista puro es una ficción, pues el yo llega a la conciencia de sí mismo solamente en sociedad, entre otros seres con los que alterna en intercambio social. La conciencia de otros seres es necesaria para tener conciencia de uno mismo.

El lenguaje como instrumento social da nombres a los objetos de nuestra experiencia, los agrupa bajo un solo nombre, los clasifica: en una palabra, el poder de formar conceptos generales se hace posible únicamente a través del instrumento social del idioma. De tal modo que la máquina del pensamiento, con la que medimos el universo, es un producto social y no una dote personal. Hay comunidades de abejas y de hormigas en que los individuos trabajan por el bienestar de la colectividad y cada uno está condenado a morir si se aparta del resto de sus congéneres. En las colonias de corales y de pólipos acuáticos, donde se agrupan seres que son cada uno un individuo, se ve que están orgánicamente conectados de modo que las energías y actividades de los individuos van en beneficio de toda la colonia. ¿Cuál es entonces el individuo?

La Histología nos dice que la mayoría de los animales, incluso el hombre, están formados de un número de unidades, células, que tienen tanta independencia del todo como los corales con respecto a su colonia.

En un sentido, todo el mundo orgánico constituye un solo individuo grande, vago y mal coordinado; pero, de todas maneras, un todo continuo con partes independientes. Si un accidente hiciera desaparecer las plantas verdes o las bacterias, el resto de la vida no podría existir.

¿Son válidas estas observaciones de la naturaleza orgánica para el hombre? Está éste tan lejos de la independencia de los gigantes ciclópeos y no es más que una célula en el cuerpo social a que pertenece, o, más ampliamente, una célula en el cuerpo más amplio de un gran individuo único constituido por el todo orgánico.

Un biólogo inglés dice que los organismos que poseen cerebro y órganos sensoriales pueden formar parte de varias individualidades, ser miembros de una familia, una raza, un club, una sociedad literaria, etc., dependiendo parcialmente de estas sociedades.

Un bioquímico del siglo XX ha descrito una sociedad imaginaria en que el individuo ha sido totalmente absorbido y dominado por la sociedad a que pertenece, la que se presenta como un superorganismo.

Un filósofo-sociólogo alemán del siglo XX se ha atrevido a afirmar dogmáticamente que las sociedades históricas que llamamos civilizaciones son ejemplos reales de superorganismos y que su historia es el exacto equivalente de la historia de un ser humano, o un animal o una planta.

Una civilización nace cuando, saliendo de las condiciones psíquicas primitivas de una humanidad perfectamente infantil, despierta un alma poderosa y activa, una forma que sale de lo informe, una existencia limitada y transitoria que sale de lo ilimitado y persistente. Esta alma se hace flor en la tierra de un país con límites precisos, a la que permanece aferrada como una planta.

Inversamente, una civilización muere si una vez que esta alma ha realizado la suma completa de sus posibilidades, en forma de pueblos, idiomas,

credos, artes, estados y ciencias, vuelve a la psiquis primitiva de la que emergió originariamente.

Citaremos el ataque de un publicista inglés que condena la actitud de los teorizantes sociales que emplean términos de otras ciencias para expresar los hechos y valores de la sociedad.

Algunos explican la sociedad como mecanismo (Ciencias físicas); otros, como organismos (Biología), y, por último, otros, como persona (Filosofía, Psicología). De todas estas analogías, la menos peligrosa es la última, ya que si no son la sociedad ni las varias asociaciones que ésta incluye, personas, se aproximan más a ser personas que a ser mecanismos u organismos.

Las analogías biológicas y psicológicas son tal vez menos perjudiciales cuando se aplican a las sociedades primitivas, en su condición extática actual o a civilizaciones que han caído en un estado de detención.

Pero son inadecuadas para expresar la relación en que se encuentran las civilizaciones activas con respecto a los individuos que les pertenecen o a quienes pertenecen tales sociedades.

Una sociedad humana es en sí misma una relación entre seres humanos que no son sólo individuos, sino también animales sociales en el sentido de que no podrían existir de ningún modo, humanamente, sin estar en esta relación social.

Las relaciones sociales de los seres humanos se extienden más allá de la más remota zona posible de los contactos personales, y estas relaciones impersonales se mantienen a través de mecanismos sociales llamados instituciones. Sin instituciones, las sociedades no podrían existir. Las sociedades son en sí instituciones del orden más elevado, que contienen, pero que no son contenidas por otras. El estudio de las sociedades y el de las relaciones institucionales son una misma cosa. Antes de estudiar la naturaleza de los seres humanos o animales sociales, tendremos que considerar la naturaleza de las relaciones en general.

El mismo concepto de relaciones entre "cosas" o "seres" envuelve la contradicción lógica de que algo que es separado y contenido en sí mismo, exclusivo e individual, tiene también que concebirse como algo que ajusta con otras entidades del mismo orden.

¿Cómo se ha de salvar esta contradicción? Tal vez substituyendo acciones por cosas y a gentes por seres e interacción por superposición, como a nuestras fórmulas para describir la naturaleza o más bien el trabajo del universo. Sigamos en este camino a un estadista filósofo sudafricano. La acción no se detiene en su estructura; permanece acción y en acción. En otras palabras, hay más en los cuerpos, cosas y acontecimientos de lo que está contenido en sus estructuras o formas materiales. Todas las cosas rebosan sus propios límites estructurales, la acción interna trasciende a la estructura externa, y así hay una fracción en las cosas más allá de ellas mismas. Una cosa no se detiene en sus límites. Esa acción que sobrepasa va más allá de sus límites y de su campo circundante; es, por lo tanto, esencial no sólo a su correcta apreciación como cosa sino también para un correcto entendimiento de las cosas en general, y, especialmente, en la forma en que se influyen las unas a las otras.

Todas las cosas tienen su acción y lo mismo todos los conceptos. Es sólo en estos campos donde las cosas realmente suceden. Hay interacción de un

campo a otro, igual que lo que sucede en los campos magnéticos y, si no existiera la irradiación de las cosas, ideas, animales, plantas, personas, ellas serían totalmente ininteligibles, su actividad sería imposible y sus relaciones estériles.

En cuanto al límite de estos campos, se ha dicho que el campo de cualquiera cosa o acontecimiento dado se extiende a la totalidad del universo.

Henri Bergson, según este mismo principio, argumenta que no es el hombre un punto insignificante en la tierra y ésta en el universo, sino que siendo nuestro cuerpo coextensivo con nuestra conciencia, comprende todo lo que percibimos, se extiende hasta las estrellas.

Una antigua escuela de pensadores occidentales igualaba el alma humana, individual, con el universo entero, en todos sus planos y todos sus aspectos.

Parece que podríamos tener una respuesta a la pregunta que tenemos ante nosotros. Los seres humanos estarán relacionados entre sí a través de sus campos de acción, que son coextensivos con el universo, y, por lo tanto, coextensivos entre ellos mismos. Pero esto sería lo mismo que decir que los seres humanos entran en relaciones mutuas en el infinito no dando una respuesta respecto a la naturaleza de las reacciones empíricas de las sociedades humanas, localizadas en espacio y tiempo, que son el objeto de este estudio.

En términos objetivos hemos dicho ya que las sociedades son instituciones de orden superior, capaces de contener a otras, pero no de ser contenidas.

En términos subjetivos hemos encontrado que estas mismas sociedades son también campos inteligibles de estudio.

Después de examinar las relaciones de los individuos en forma concreta, podemos decir que una sociedad es una relación entre individuos; y esta relación consiste en la coincidencia de sus campos de acción individuales y esta coincidencia funde los campos individuales en un terreno común, y este terreno común es lo que llamamos sociedad. Con el campo de acción de un individuo mismo; cada individuo por separado es, en cierto modo, coextensivo y por cierto idéntico con el total de la sociedad en la que él participa o tiene un interés. Por otra parte, ya que el microcosmo es diferente y distinguible del macrocosmo, y es solamente en el campo del macrocosmo que los diferentes individuos intervienen, no puede decirse que cada individuo es idéntico a cada uno de los otros, a pesar de ser cada uno idéntico a la sociedad a través de la cual están relacionados.

Nuestro análisis de los fenómenos en agentes y sus campos de acción implica no sólo qué substancia del universo es actividad en vez de materia, sino que también esta actividad se origina en uno, y solamente en uno de sus polos, y puede sólo fluir en una dirección. El microcosmo aprehende y actúa sobre el macrocosmo y la acción, que es el tema de la historia humana, es la acción de seres humanos individuales en ese terreno común de sus respectivos campos de acción que llamamos sociedad.

La sociedad no es, y no puede ser, nada más que un medio de comunicación a través del cual los seres humanos actúan recíprocamente. Son los individuos humanos y no las sociedades humanas los que hacen la historia humana.

Los individuos que realizan este milagro de creación y que por eso

traen el crecimiento de las sociedades en las que se levantan, son más que meros hombres. Ellos pueden realizar lo que a los hombres les parecen milagros porque ellos mismos son superhumanos en un sentido literal y no únicamente metafórico.

Para Bergson, los creadores superhumanos por excelencia son los místicos, y él encuentra la esencia del acto creador en el momento supremo de la experiencia mística.

El nuevo carácter específico de estas almas sobrehumanas que rompen el vicioso círculo social primitivo y asumen la acción, es descrita como personalidad.

A través del desarrollo interno de la personalidad, los seres humanos individuales son capaces de realizar esos actos creadores en sus campos de acción externos, que hacen el progreso de las sociedades humanas y así encontramos que esta elevación del dominio del individuo sobre el macrocosmo es la consecuencia de una hazaña correspondiente en el microcosmo de un progreso en la autoarticulación o autodeterminación interna.

El avance interno y externo en la organización y el crecimiento del poder están íntimamente ligados que cualquiera de ellos puede describirse en función del otro.

Según Bergson, sabemos cómo en el alma de ciertos individuos emerge una nueva especie espiritual, un verdadero superhombre. Este es con respecto a la naturaleza humana común lo que las civilizaciones son a las sociedades humanas primitivas. En ambos casos, las nuevas han debido pasar por un período de quietud antes de llegar a uno de actividad dinámica. Las civilizaciones humanas que han tenido éxito al nacer no sólo tienden a progresar sino a influir en las demás sociedades en la pluralidad del universo social que ha sido el campo de la historia humana hasta hoy. Del mismo modo, las personalidades que han conquistado autodeterminación a través de autodomínio tienden a arrastrar a todos, porque para eso es que han venido a este mundo.

La necesidad que impulsa a una personalidad creadora a transformar a sus semejantes, volviéndolos a crear a su imagen y semejanza, es interna y externa. La primera reside en la identidad de la vida y la acción. Ningún ser puede ser lo que es, a menos que ponga su esencia en acción. Pero este campo está en una sociedad que es la tierra común de los campos de acción de muchos individuos; y aquí es entonces donde la sociedad se convierte en presión externa cuando el agente individual resulta ser un genio que representa una nueva especie compuesta de un individuo.

La mutación creadora es el microcosmo y requiere una modificación adaptadora en el macrocosmo antes de que pueda ser completa o segura; pero el macrocosmo, de acuerdo con el cambio que él mismo experimenta, se estrellará contra la inercia que tenderá a mantener el microcosmo en armonía con sus inalterables componentes. Si el genio logra vencer esta inercia y transformar el medio social de acuerdo con la transformación operada en sí mismo, sus semejantes tienen que hacer un esfuerzo para adaptarse al nuevo medio que les ha sido impuesto, so pena de perecer si no lo hacen.

En cambio, si el genio fracasa en su intento, queda desconectado de su campo de acción y pierde el deseo de vivir, y su medio social lo acusará de vivir antes de su tiempo.

Es inevitable el conflicto social que provoca la presión de un superhombre, o un gran místico, o un genio, ya que el equilibrio social que él ha roto tiene que restaurarse por su triunfo social o su derrota.

La solución más sencilla para recobrar este equilibrio sería un esfuerzo uniforme y simultáneo de cada uno de los miembros de la sociedad para adaptar sus respectivos campos de acción a las mutaciones que han obtenido ellos mismos y, por ende, contribuyendo así a la adaptación uniforme de la sociedad sin grandes disturbios o tensiones. Pero esto sería un milagro, pues son pocos los casos en la historia en que a dos o tres individuos se les ha ocurrido un mismo pensamiento creador, en más o menos la misma época y lugar. Tenemos el caso de inventores de diferentes países que reclaman la paternidad de tal o cual invento; de exploradores que han tenido simultáneamente la idea de escalar tal o cual montaña; de reformadores religiosos predicando análogas doctrinas en diferentes puntos, más o menos en la misma época. (Jesús, Juan Bautista, Wyclif y Huss, Calvino, Zavinglio y Lutero). Sin embargo, como puede verse, es siempre una minoría la que está ligada por planes e ideas comunes y no todos los miembros de una sociedad.

En todos los actos de creación social, los creadores son individuos creadores o, a lo más, minorías creadoras; y a cada avance sucesivo que realizan estos pioneros de la civilización creciente, la mayor parte de los miembros de la sociedad quedan atrás.

Si tomamos por ejemplo el desarrollo de la civilización helénica en su infancia, según la pinta la épica de Homero, y su cima, que fué alcanzada por Atenas en el medio siglo inmediatamente antes de la catástrofe de 431 A. C., vemos que casi todas las mujeres y los esclavos quedaron atrás. El homérico Odysseus floreció en el ático Temístocles; para la homérica Penélope y el homérico Eumaeus no tiene equivalente la Atenas del siglo quinto. La minoría creadora de Atenas de Pericles es esencialmente espontánea y masculina y aún así es una fracción ínfima de la población masculina libre de Atica la que tiene parte en ella.

La misma situación se observa en las civilizaciones actuales (Occidental, Ortodoxa, Cristiana, Islámica, Indú y Oriental) La diferenciación es más notable en la civilización hindú, en que se observa una gradación que va desde los intocables y clases deprimidas hasta un Tagore y un Gandhi.

La degradación y abandono de las masas hindúes ha sido siempre un punto severamente criticado por los occidentales. Sin embargo, si nos miramos a nosotros mismos, veremos que el conocimiento científico de que no nos jactamos y que hemos aplicado al aumento de la riqueza y del poder, es peligrosamente isotérico. Las fuerzas de la democracia y el industrialismo, productos de nuestras civilizaciones o, mejor dicho, de una minoría creadora aparecen como dos fuerzas poderosas e incontrolables, que nada han hecho en favor del adelanto intelectual y moral de la gran masa de la humanidad que se mantiene degradada o estagnada desde hace un siglo. O sea, que la minoría creadora que ha producido ideas de avance moral e intelectual, no ha podido arrastrar a la mayoría en su camino ascendente. Estamos hoy ante una crisis causada por el estagnamiento de las masas.

Se desprende entonces de esto que el avance de las civilizaciones se hace a costa de minorías creadoras y que las mayorías quedan atrás, a menos que las minorías puedan arrastrarlas en su empuje. De aquí se despren-

de también la diferencia entre las sociedades primitivas que son extáticas y las civilizaciones que son dinámicas. Pero no debemos olvidar que aún en las civilizaciones en crecimiento hay una inmensa mayoría de individuos que están en un estado de quietud y estagnamiento en nada diferente del que existe en las sociedades primitivas.

Además, no puede creerse que sólo en algunas sociedades privilegiadas se den los casos de genios que marquen rumbos. También puede haber seres en sociedades primitivas, pero su iniciativa se ha perdido por la incapacidad de sus congéneres para seguir el camino por ellos indicado. O sea, dos factores que actúan en el progreso de una sociedad: el acto de iniciativa del genio y la docilidad de la mayoría para adoptarlo.

Este problema de conseguir que la mayoría no creadora siga a la minoría parece tener dos soluciones: una práctica y una ideal.

La primera es, por imitación, facultad inherente a todos los seres humanos; adopción de los hábitos y costumbres de un grupo, que se realiza en algunos casos en forma automática. Esta imitación nos hace ver una vez más la diferencia entre una sociedad primitiva o estagnada y una sociedad en progreso. En la primera, la imitación de la mayoría mira hacia el pasado, hacia los antepasados. En la segunda, el movimiento imitativo va hacia el grupo de genios que innovan, que cambian viejas costumbres.

La solución ideal al problema de más arriba es la unión espiritual de individuos que se sienten identificados y ligados al genio por una comunión intelectual; pero naturalmente esto sólo es posible entre seres más perfectos y no en la inmensa mayoría de los individuos.

Podría decirse que ambas soluciones o métodos deben combinarse para llegar a un punto cierto. La inspiración directa individual debe ser reforzada por el método práctico del entrenamiento de la imitación.

(Traducción especial de Moisés Latorre).